

Después añadió con acento que me desgarró las entrañas:

—¡Y esta criatura se muere, señora; se muere!

Se echó á llorar como un niño, y las dos procuraron calmarle. Pasó un momento en que D. Mateo dijo algo que no oí, porque estaba yo tan abrumado como él, y luego salió doña Luisa, se acercó á mí y me dió un papel.

—¿Podiera Ud. hacer el favor de llevar eso? me preguntó.

Tomé el papel, leí la dirección y salí. En la calle le desdoblé maquinalmente y ví que decía «Mandéme lo que le parezca por mi sueldo de Octubre.» Tuve un momento de vacilación y de congoja; no con la satisfacción que otras veces, sino antes con verdadero dolor, ví que, en efecto, don Mateo estaba en la miseria; y cediendo á un impulso irresistible, saqué de mi bolsillo el dinero que me quedaba, y llegándome á un *respiradero* de la atarjea, eché por él las monedas, como si creyera que el dárselas á un mendigo era infame. Después, sentíme des-

cargado de gran peso, y precipitadamente me dirigí por las calles de Santo Domingo.

Aunque la codicia madruga, López, que de seguro no tenía arreglo pendiente para aquella mañana, dormía aún. El criado me hizo entrar á la sala, cuyo lujoso mueblaje contrastaba singularmente con la inmundicia del barrio y el feo aspecto de la vetusta casa. Allí tuve que esperar, luchando con mi impaciencia, hasta que el prestamista se levantó. Salió envuelto en holgada bata, y con un gorro bordado hundido hasta las cejas; el semblante halagüeño y la palabra dulce.

Leyó el papel, refunfuñó un poco, para dar al negocio el color de grande y señalado servicio, y después me dejó solo en la sala. Larga espera otra vez; oí por allá adentro ruido de platos y cubiertos, y al cabo López volvió á la sala limpiándose los bigotes. ¡Había ido á tomar el desayuno antes de despacharme!

Al fin puso en mis manos la mitad del sueldo, y me hizo firmar al calce del recado del General el recibo del sueldo íntegro.

—Es provisional, me dijo, mientras el Sr. Cabezudo me manda recibo en forma.

Eran ya más de las ocho de la mañana, cuando volví á la casa de D. Mateo. El General seguía encerrado, y la de Martínez tomaba en el comedor el tercer chocolate. Entregué á doña Luisa el dinero y la de Martínez me detuvo.

—¿Consiguió? me dijo.

—Sí, contesté de mala gana.

—Oiga Ud.; yo no quería creer que este hombre estuviera en la calle; pero no cabe duda ¡El sueldo de Octubre!

Me aparte de allí y busqué á Felicia. La joven estaba pálida y con grandes y oscuras ojeras.

—Hace una hora que duerme, me dijo; pero esto me affige más. Quise despertarla hace un momento, porque el médico mandó que no se le dejen de dar las cucharadas, y no hemos podido conseguir que abra los ojos. ¿Qué harémos, Juan? No quiero decirselo á don Mateo; porque se vuelve loco.

Doña Luisa salió á la sala y calmó á Felicia. Aquello no era nada; dejarla dormir

otro rato, y después se la despertaría. El médico debía llegar á las diez y dispondría lo conveniente.

Don Pedro Ramírez se presentó á poco rato, preguntando por el estado de la enferma, y á eso de las nueve, cuchicheaban en la sala, además de él y de la de Martínez, Laurita Bueso, hermana del conocido personaje, la Sra. Solano, presidenta de una hermandad religiosa, la mujer de Escorroza, y algunas otras en que no reparé.

Desde el extremo opuesto de la sala, cerca de la alcoba, observaba yo de vez en cuando los gestos y ademanes de aquellas gentes, temeroso de oír sus palabras, y queriendo, sin embargo, adivinar en los semblantes, lo que de la enferma decían. Una de las señoras se levantaba, iba á la alcoba, y salía á poco, volviendo á su sitio. Los demás callaban y la miraban en espera de noticias. Movía ella la cabeza, y bajando mucho la voz, hablaba un momento; y los oyentes, después de guardar silencio un instante, volvían al cuchicheo, con más ardor; pero serios, con gesto desconfiado y grave.

Esto se repetía cada cuarto de hora; pero la Escorroza entró y no regresó á la sala, é impaciente Laurita, fué también á la alcoba. Pasó un rato y tampoco ella volvió. ¿Qué sucedía? Allá fué á poco la de Martínez, y tras ella, una por una, todas las señoras.

Mi ansiedad era atroz; el mismo Ramírez, con el semblante demudado se acercó á la puerta; pero á él y á mí nos detuvo doña Luisa, que salió con turbación que no podía ya disimular.

—¡Corre por el médico! dijo á su hermano.

Y mientras Don Pedro tomaba apresuradamente su sombrero, entré yo en el cuarto, me abrí paso entre las señoras y llegué hasta el lecho. De rodillas en él, Felicia, sentada sobre sus pies, sostenía en sus muslos la cabeza de Remedios, é inclinándose sobre ella, le hablaba, llamándola con voz á la vez desesperada y cariñosa. La frente de la enferma cubierta de sudor, reflejaba la luz pálida que ardía sobre la mesa, chisporroteando como cirio.

—¡Remedios! dije, tomando una mano de la joven.

—¡Remedios! repetí, en voz más fuerte.

Y en medio del silencio que todos guardaron, oí una voz cascada y seca que decía á los pies la cama:

--«Sal, alma cristiana de este mundo, en el nombre de Dios Padre omnipotente que te crió; en el nombre de Jesucristo hijo de Dios vivo que por tí padeció».....

—¡Remedios! volví á gritar con desesperado acento.

—Fricciones, señora; dijo á mi espalda la de Martínez.

Y aceptando el consejo, Pepa y Doña Luisa, metieron las manos por debajo de las ropas de la enferma, para frotarle los pies.

—Una cosa de lana, dijo una voz.

—Un cepillo dijo otra. Y durante breve rato, todos se movieron buscando por los rincones los objetos deseados.

La voz cascada volvió á llegar á mis oídos con monotonía de iglesia.

—«Yo te encomiendo al omnipotente Dios y te pongo en manos de Aquel de quien eres

criatura, para que cuando pagues la deuda de la humanidad con la muerte venidera, vuelvas á tu Autor que te formó del polvo de la tierra.»

Sonaron cerca de mí algunos sollozos, semejantes al frote de los cepillos, que no descansaban un instante; y entre tanto, la voz cascada continuaba la tremenda oración de la agonía, cuyas palabras sonaban ya para mí como un murmullo monótono continuo y espantoso.

De súbito, la voz robusta de D. Mateo sonó á mí espalda con acento de infinita y dolorosa angustia.

—¡Se muere! gritó.

Y cayendo de rodillas á mi lado, llamó repetidas veces á la joven, ahogándose con sus lágrimas.

—«Libra, Señor, el alma de tu siervo...» dijo la voz, con solemne acento.

El tosco General lanzó un quejido desgarrador, y como niño que busca refugio, volvióse á mí con el llanto en los ojos. Yo abrí los brazos por un movimiento instintivo irresistible, y ambos nos abrazamos con

fuerza, como si quisiéramos ahogarnos.

El médico entró en aquel instante, apartando bruscamente á las personas que encontraba al paso. Todos se pusieron en pié, ménos Don Mateo y la presidenta de la hermandad, que volvió á decir.

—«Libra, Señor, el alma de tu siervo....»

El médico, que observaba á la enferma, se volvió, buscando alguna persona; detuvo en mí la vista, pues me hallaba en pié á su lado, queriendo adivinar sus pensamientos, y me dijo:

—No se está muriendo. Hága Ud. el favor de sacar de aquí á todo el mundo.

Mientras la de Martínez arrancaba á Don Mateo de su sitio, y yo procuraba inútilmente cumplir la orden con respecto á las demas personas, el doctor puso una receta rápidamente.

Doña Luisa y Pepa, por mandato del facultativo siguieron en su tarea.

—Que lleven una botella.

—¡Una botella!

—Que corra el mozo.

—Yo iré, dijo Don Pedro.

Desde la sala, oí la voz de la presidenta:  
—«Libra, Señor, el alma de tu siervo, como libraste á Susana del falso testimonio.»

Volví á la alcoba, determinado á ejecutar por fuerza la orden del médico, si de grado no la obedecían las señoras; pero Méndez Páez, que escribía sobre la rodilla otra receta, me hizo seña de que me acercase.

El semblante del Doctor siempre despejado y simpático, demostraba desconfianza y cierta aflicción, propia del médico que asiste á un enfermo grave á quien tiene cariño. Creo que leyó en mis ojos una pregunta.

—Grave, muy grave, me dijo. Vea Ud. si hay alguna persona útil, por ahí, que traiga una taza de café fuerte con una cucharada de coñac.

Todas las señoras se pusieron en movimiento al oír tan expresivas palabras, y tres de ellas corrieron á la cocina para estorbarse unas á otras. Las restantes, no hallando que hacer, se agruparon detrás de la presi-

denta, que seguía rezando, segura de que su obstinación era una gran virtud.

Cuando Méndez Páez volvió á decirme «Muy grave,» sentí el deseo vivísimo de sacar á aquellas gentes á empujones, y me dirigí hácia ellas. La mesita me cortó el paso, y entonces ví que la vela que daba aquella luz amarillenta y enfermiza era de cera. Rápido temblor y sensación de frío recorrieron mi cuerpo, y con enojo ó terror soplé la llama vacilante con toda la fuerza de mis pulmones. La voz de la presidenta dijo en aquel momento, con afectado tono de llorosa súplica:

—«Te rogamos, Señor, que no te acuerdes de los delitos de su juventud...»

Pero no pudo continuar, porque yo le arranqué el libro de las manos, lleno de cólera.

—¡Cállese Ud., le dije, que ni sabe lo que habla!

Y con tal energía les intimé que salieran, que todas fueron á sentarse á la sala, en donde pienso que me pusieron como chupa de dómíne.

## XXV

## La noche.

A eso de las doce, un movimiento perezoso de la enferma, anunció que despertaba lentamente de aquel sueño prolongado. La de Martínez corrió á dar la noticia á Cabezu-  
do; pero, prudente por casualidad, le advirtió que Méndez seguía diciendo que el estado de Remedios era muy grave. Más tarde la joven abrió los ojos, y al fin contestó vagamente á Felicia, que le preguntaba cómo se sentía.

La fiebre continuaba intensa, sin ceder un punto, y el semblante del médico permanecía nublado y serio. No podía asegurar nada; pero creía que aquella misma noche tendría que verse claro. Yo deseaba y

temía la llegada de la hora que esperaba el inteligente facultativo; el cual, después de dar nuevas instrucciones y cambiar las recetas, nos dejó solos, ofreciendo volver en la noche.

La presidenta, después de hablar cuanto quiso contra el médico, y contra mí, se fué, jurando no volver, y diciendo que tenía algún asunto muy interesante en la Santa Vera-Cruz; y siguiendo su ejemplo, fuéronse también, ofendidas y cargadas de razones, algunas otras, de suerte que sólo quedaron dos además de la gorda Martínez, que era muy interesante para entenderse con el General.

No sé como pudo Pepe Rojo averiguar mi paradero; ello es que al cerrar la noche un criado de la casa me entregó una carta de aquel fiel amigo, que sólo contenía dos ó tres líneas, para decirme que permaneciera encerrado en la casa del General, porque si salía á la calle me tendría que entender con la policía. Hasta entonces y por breve instante me acordé de Jacinta.

¿Qué habría pasado con ella? cuando seguí á Felicia, al saber la enfermedad de Remedios, me llamaba con roncós gritos desde el coche..... Y no sabía yo más. La inquietud que las líneas de Pepe me causaron, fué pasajera. ¡Qué me importaba todo, si Remedios se moría!

A las diez de la noche, el médico estaba otra vez á la cabecera de la enferma, con el semblante sombrío y desconfiado que mostraba desde la mañana. Remedios no deliraba ya; pero su estado no tenía nada de consolador, y la calentura seguía abrasándola. Más tarde, el médico, que descansaba silenciosamente en un sofá de la sala, entró en la alcoba en donde permaneció largo rato.

—La calentura sube, me dijo, al salir otra vez á la sala.

—¡Subel exclamé con terror.

—Sí, contestó. Lo demás no me gusta; pero esto no quiere decir nada definitivo. Esta noche lo sabremos. Hemos tenido la felicidad de evitar complicaciones.

Media hora despues la calentura subía aún. La enferma inmóvil en su lecho, respiraba

otra vez ansiosamente. Felicia y sus dos compañeras, que con incansable constancia habían asistido á su lado durante tantas horas, no se rendían á la fatiga moral ni menos á la del cuerpo. Mientras la de Martínez se ocupaba en contener á Don Mateo en su cuarto, ya moviéndole conversaciones con que procuraba divagar sus pensamientos, ya llevándole noticias de la enferma que arreglaba á su modo, las tres mujeres y yo, agrupados en derredor del lecho, mirábamos de hito en hito, silenciosos y affigidos el semblante de Remedios, en que se veía con su terrible aspecto eso que los médicos llaman *facies neumónica*, tan imposible de desconocerse como difícil de describirse. Felicia, sentada á la orilla de la cama, con los ojos secos y ardientes, se inclinaba á cada momento sobre la cabeza de la enferma, y le tocaba la mejilla con el dorso de la mano; Pepa lloraba en silencio, un tanto apartada, Doña Luisa iba y venía con frecuencia, consultando el reloj, colocado en la mesa de noche, para dar oportunamente la medicina.

Yo me sentía incapaz de resistir por más

tiempo aquella situación espantosa, aquella vacilación entre la vida y la muerte. La constante sozobra, la lucha entre la realidad que se palpa y la esperanza que no agota sus bríos, habían llegado á fatigarme; y sintiendo un malestar profundo, vago y doloroso, olvidaba á veces el motivo inmediato de mi congoja.

Llegó la media noche. El doctor volvió á poner su termómetro, le recogió después, observó la temperatura, interponiendo el instrumento entre sus ojos y la llama de la vela, y después de sacudirle, para hacer bajar la columna de mercurio, salió á la sala.

Nadie se atrevió á preguntarle el resultado; todos tuvimos miedo á su respuesta.

El silencio de la media noche fué entonces espantoso, interrumpido sólo de tarde en tarde por el ruido de algún coche que pasaba por la desierta calle, saltando sobre el piso disparejo. En el interior, sólo Doña Luisa solía moverse de su sitio, andando de puntillas, sin ruido y como resbalando por la alfombra; de suerte que en medio de tal silencio, la agitada respiración de la enfer-

ma, percibiase distintamente, parecía más fuerte y ruidosa, y aún se me figuraba que crecía en resonancia cada vez más, anunciando la proximidad del postrer suspiro. «Así, muy callandito mata la pulmonía,» me había dicho la de Martínez; y estas palabras venían á mi memoria con frecuencia, haciéndome temblar y aumentando mi angustia y mi desesperación.

Don Mateo quebrantó al fin la prisión en que la de Martínez le tenía encerrado. El silencio le estaba ahogando, como á mí, y entró en la sala, turbándole con sollozos de dolor que no podía ya contener. Oí desde la alcoba la voz del médico, seca y breve, que trataba de calmar la agitación del General; y oí también, como si llegaran hasta lo íntimo de mi alma, y sintiendo viva simpatía hácia aquél hombre, las palabras que con su tosco lenguaje dirigió al médico, culpándole de descuidado, de negligente, y hasta de ignorante. Al cabo de un rato lograron Méndez y la de Martínez, reducirle de nuevo á su encierro, mediante ciertos consuelos de que yo no hice caso, porque los tuve por



piadoso engaño, empleado para dominar á D. Mateo.

Poco antes de las dos de la mañana, Méndez volvió á tomar la temperatura; observó atentamente el semblante de la enferma, y salió. Remedios respiraba más suavemente.

Siguiendo al doctor en su observación, habíamos llegado á reparar en este cambio, antes inadvertido. Levanté asombrado la cabeza y mis ojos se encontraron con los de Felicia, que me miraban con suprema aflicción. En ellos creí leer, leí esta pregunta: «¿Se estará muriendo?»

Salí rápidamente á la sala, me llegué al doctor, que había vuelto á sentarse en el sofá, y con acento que no sé si tenía más de súplica ó de amenaza,

— Señor, le dije; por el amor de Dios, dígame Ud. la verdad ¿seestá muriendo ya?

—No, señor, me contestó con extrañeza. Nada de eso.

—¿Pero qué hace Ud. aquí? Por qué no manda Ud. otra cosa? ¿Por qué no la cura Ud.?

El médico se sonrió sin benevolencia, si-

no mas bien con fastidio; el cansancio comenzaba á pintarse en su semblante, y parecía no tener ya mucha paciencia que gastar. Después de una breve pausa, me contestó.

—Estoy esperando Desde esta tarde no me queda otro papel.

Me dijo que en aquel momento tenía más esperanza que nunca, y que muy poco había que esperar para saber á qué atenernos.

Una palabra mía tranquilizó algún tanto á Felicia. Esperamos. El tiempo corría perezosamente; el tic tac del reloj de la sala me parecía lento, muy lento; y cuando esperaba yo oír sonar las tres de la mañana, sonó una campanada sola, que vibró con intensidad, rompiendo el silencio de la noche. Pasó mucho tiempo, El relój seguía con su monótono tic tac; no estaba parado, pues; pero estaría descompuesto el mecanismo de la campana, cuando no había vuelto á sonar. Al fin sonó. ¿Serán las cinco? ¡Las tres! ¡Nada más las tres!

Méndez entró de nuevo, tomó la temperatura, observó otra vez con suma atención el semblante de la enferma, y al salir me llamó.

—Parece que está salvada, me dijo.

—¡Salvada! exclamé yo, temblando, fuera de mí, casi loco.

Y la voz de D. Mateo, sonora y robusta, repitió en el cuarto contiguo, ahogada por la alegría y la sorpresa.

—¡Salvada! Salvada mi hijita de mi corazón!

Y casi al mismo tiempo, Cabezudo, saliendo de su cuarto, se echó en brazos de Méndez, estrechándole con furor. Permittede el doctor que entrara un momento á la alcoba de la enferma, á condición de que en seguida volvería á su cuarto y se acostaría á dormir. Todos los semblantes se habían transformado súbitamente. Los labios permanecían inmóviles; pero los ojos sonreían.

Cuando Méndez Páez, colmado de bendiciones y elogios, se retiró á su casa, después de poner nueva receta y dar instrucciones sobre la alimentación de la enferma al día siguiente, el general, rendido á la fatiga de tantos días de lucha, dormía, roncando ruidosamente.

---



---

## XXVI.

### Al despertar.

La de Martínez tomó posesión de un sofá de la sala, y Doña Luisa, después de mil instancias y ruegos de Felicia, fué á descansar á la cama de Pepa, en un cuarto interior. Felicia, sentada en un sillón al lado de la cabecera, y yo en otro, colocado frente á ella, continuamos la velada. La pobre niña, había llorado de alegría, derramando sus lágrimas sobre mi pecho, al darme un abrazo, cuando el médico se retiró.

Guardamos los dos silencio, después de contemplar largo rato el rostro transformado de la enferma. Ya no le cubría el sudor copioso de antes; ya el encendido color de la mejilla derecha desaparecía; ya en todo el

semblante se restablecía la vida, y la belleza natural recobraba su imperio. Felicia puso un dedo sobre los labios para imponerme silencio, temerosa de despertar á la enferma, que se había dormido, respirando con más tranquilidad. Permanecimos inmóviles, y á poco espacio, la respiración pausada y regular de mi compañera, me indicó que se había quedado dormida. Hacía muchas horas que no cerraba los ojos.

Después de largo rato, cuando en mi corazón se restableció la tranquilidad, como si despertara de un sueño consideré mi situación. El recuerdo de la realidad vino á mi mente, trayendo jnntas todas mis aflicciones y todas mis dificultades. Miré á Remedios, después á Felicia, recordé que estaba en una casa cuyas puertas no se abrían para mí, y al pensar que todo había concluido, parecióme que alguien me preguntaba «¿Y ahora?»

Nada tenía yo qué hacer en aquella casa. ¿Cómo me había atrevido á entrar en ella? No lo sabía; pero concluido todo, salvada la enferma, vuelta la calma, mi presencia allí

era no sólo injustificada, sino estorbosa. El general me aborrecía, Remedios me despreciaba, Felicia..... no sabía yo que pensar de ella, ni quería yo forjarme ilusiones, que de seguro se desvanecerían muy pronto. Remedios podía despertar de un momento á otro. ¿Qué diría al verme? Quizá hasta le haría daño mi presencia; se sorprendería, se asustaría de encontrarme allí, al lado de su lecho, cuando me había arrajado de su corazón para siempre.

Largo rato pensé así, sintiendo que nueva pena me llenaba el alma. La luz de la mañana entraba por las rendijas, alegre y brillante, haciendo resaltar la triste amarillez de la luz de la vela colocada detrás de la mesa de noche, cuya sombra, envolviendo el lecho, se extendía como oscura mancha de esfumados contornos sobre las paredes. Dominado por mis pensamientos, me había puesto de pié, é inclinado un poco el cuerpo, miraba yo el hermoso semblante de la enferma, como si quisiera grabar profundamente en mi memoria aquellas facciones que pronto dejaría de ver. Remedios hizo leve

movimiento, y rápida é instintivamente, di un paso atrás para esconderme en la sombra, como si estuviera cometiendo un delito. El corazón me golpeaba con agitación creciente; estrechéme con la pared, y contuve la respiración.

Felicia despertó á poco y me llamó.

—Siéntate aquí, me dijo, cediéndome su lugar; voy á preparar el alimento.

De la puerta regresó, para hacerme ésta recomendación:

—Si ves que se mueve, vete á la sala antes que despierte; no se vaya á asustar.

Estaba Remedios con la cara á la pared, y esto me dió atrevimiento para sentarme tan cerca de ella. Volví á mis pensamientos, volví á sentir la desolacion de mi alma, y poniendo un brazo sobre el colchón, apoyé la frente en el dorzo de la mano. Remedios hizo, sin despertar, otro movimiento que me causó nuevo susto; pero no pude retirarme, porque al levantar la cabeza, sentí sobre ella la mano de la joven. ¡Parecía que la casualidad se burlaba de mí, con aquella caricia inconciente. Un ligero temblor reco-

rrió mi cuerpo, sentí en el alma algo muy dulce, como gratitud por aquel último favor, y se humedecieron mis ojos. Quedé inmóvil, y así hubiera querido permanecer toda mi vida.....

Sentí después, que Felicia entró en el cuarto; creo que se detuvo á contemplarnos un momento, y en seguida la mano se retiró suavemente. Levanté la cabeza, y ví que Felicia sonreía, haciéndome seña de que saliera de la alcoba. Obedecí, todavía tembloroso, y desde la sala oí la voz de Remedios, débil, suave; pero siempre argentina y melodiosa.

Don Mateo durmió toda la mañana y aún algo de la tarde. Yo llamé aparte á Felicia, y quise despedirme de ella; pero la joven hizo un gesto entre enojado y gracioso y me dijo que dejara de tonterías.

—Sí, te irás, añadió; pero no de día, y cuando hayamos convenido en lo que has de hacer.

Insistí en mi resolución, y entonces Felicia me habló, volviendo á otro lado el rostro, de la policía que me esperaba. Había

encontrado la carta de Pepe sobre la mesa de la sala, y después de leerla la había roto.

Ya Doña Luisa estaba en pié. Felicia me encerró en el cuarto de Pepa, y no echó la llave, porque dí mi palabra de no salir hasta que ella lo permitiera. Mucho espacio gasté en saborear la amargura de mis tristes pensamientos. Jacinta, Redondo, la historia de Claveque, todo volvió á mi memoria para presentarme más afictiva mi situación y más negro lo porvenir. Y en medio de tantos enemigos, no era el remordimiento el que menos se ensañaba contra mí.

Desde mi encierro, echado en una cama, oí los pasos del médico que entró, y que volvió á salir después de un rato; más tarde, reconocí las pisadas del General, y aún oí su voz dando alguna orden. La tarde fué declinando, y cuando la luz iba extinguiéndose en el cuarto, me quedé dormido.

Felicia fué á despertarme. Amanecía ya, y á la luz de la vela que la joven llevaba en la mano, pude notar en la frescura de su rostro y en la leve hinchazón de sus párpados, que había dormido largas horas. Re-

medios dormía y Felicia me condujo á su cuarto para que yo viera un rato á la joven, que había recobrado ya por completo la serenidad de su semblante.

—¡Figúrate, hijito, me dijo, que ya no tiene nadita de calentural

Y me detuvo en el camino para darme un abrazo.

Me hizo sentar junto á la cabecera, después de que hubimos contemplado en silencio el tranquilo semblante de la joven dormida. La cama había cambiado de posición, y Felicia me dijo que el médico lo había dispuesto para que Remedios pudiera estar vuelta hácia el cuarto.

—La pobrecita, añadió, no puede acostarse sobre el lado derecho; porque allí le pusieron el cáustico, y le duele mucho.

Tenía yo miedo, y me sentía feliz, al ver tan cerca de mí la hermosa cabeza de Remedios. Felicia me hablaba muy bajito, y yo contestaba por señas, temeroso de despertar á la joven.

—Ya le dije, que habías venido á la casa, y que estabas muy afligido, me dijo Felicia.

La miré con asombro, y ella entendió que reprobaba yo su indiscreción.

—No me costestó nada, añadió; pero yo seguí hablándole de tí, y no se enojó como antes.

Moví yo la cabeza tristemente, y Felicia siguió diciendo:

—Después volví á estar solo con ella, cuando le dí su alimento. Está muy débil y tuve miedo de agitarla. «¿Te cuento?» le pregunté. Ella adivinó de qué, y me dijo que sí, haciéndose la desentendida. Y yo le conté que habías entrado cuando estubo muy mala, que lloraste, que estabas como loco, y que habías dado mil carreras buscando al médico, yendo á la botica y haciendo mil cosas.

Las palabras de Felicia llegaban al fondo de mi alma y me inspiraban dulce sentimiento, comunicándome vigor singular. Me atreví á hablar muy bajito.

—¿Y qué dijo? pregunté echando el cuerpo hácia adelante para acercarme á Felicia.

—Se le humedecieron un poco los ojos,

me devolvió la taza, y me dijo que quería dormir. Por supuesto que no sabe que estás aquí todavía.

Después con dulzura y maña, Felicia llevó poco á poco, su charla á tratar de mi situación. Sin enojo, y procurando no avergonzarme, me dió á entender que sabía todo lo que me había pasado en los últimos días; y al fin me dijo que Remedios no lo ignoraba, porque ella se lo acababa de referir, callando sólo lo relativo á Jacinta. Entonces no pude contenerme y quise salir del cuarto, sintiéndome más avergonzado que nunca; pero Felicia lo impidió.

—No quiero que me vea, le dije lleno de sobresalto; es preciso que no me vea nunca. Tendrá miedo de mirarme....., ó me verá con el mayor desprecio.

—No, hijo; repuso Felicia, siéntate, ¿Sabes lo que dijo cuando le conté todo eso? Pues no dijo más que «¡Pobrel!»

Me dejé caer en el sillón, y poniendo la cara entre las manos, seguí oyendo á Felicia, que procuraba alentarme.

Eran ya las ocho de la mañana, cuando

la de Martínez entró de puntillas á despedirse de nosotros, para volver á su casa, después de haber dejado sólo á su marido durante tres días. Felicia la acompañó hasta la escalera, y volvió á la alcoba con cierta precipitación.

—Es preciso que vuelvas á tu cuarto, me dijo. Don Mateo se levantó ya, y salió á la calle; pero puede volver de un momento á otro. Esta noche te irás á casa de algún buen amigo, como el que te escribió esa carta, y veremos qué sucede después.

Me puse en pie con sobresalto; el sillón hizo ruido, y yo miré aterrado á Remedios. La joven se movió perezosamente, y ántes de que yo pudiera ocultarme, abrió los ojos y me miró.

---

---

## XXVII

### Refuglum peccatorum.

Hizo un movimiento de susto, ocultó rápidamente el antebrazo que salía de las sábanas, y apartando los ojos de mí, dobló la cabeza como si tratara de esconderla. Yo retrocedí lleno de terror, avergonzado y trémulo, y la misma Felicia se quedó un momento cortada y confusa; pero repuesta en breve, llegóse al lecho, tomó una mano de Remedios entre las suyas y le dijo:

—No te asustes, hijita, ni te enojas conmigo. Juan entró aquí un momento, porque quiso verte antes de irse. Ya se va. ¿Te enojas?

Remedios no contestó, y permaneció in-

móvil. Felicia le besó la frente y volvió á preguntar:

—¿Te enojas conmigo?

Algo contestó Remedios, pero no percibi siquiera el sonido de su voz. Yo no tenía valor para moverme de mi sitio.

—Te diré la verdad, dijo Felicia; Juan está aquí desde antenoche, y casi no se ha separado de tí un momento. Ahora como ya estás buena, dice que nada tiene qué hacer aquí. No te apures; aunque venga tu tío. En medio de los apuros estuvieron juntos y se hablaron. Ahora, ya se va.

En aquel momento, después de haber visto los ojos de Remedios fijarse en los míos, con su dulce expresión nunca enturbiada, me hubiera arrojado de rodillas junto á su lecho, para decirle: «¡Perdóname y sálvame!» Pero la vergüenza podía más y sintiendo necesidad de huir, dí un paso hacia la puerta, sin volver la cara.

—¿Adónde? preguntó Remedios con voz más dulce aún por la debilidad y la timidez.

Felicia comprendió que había vencido, y en vez de contestar apartóse á un lado, como

para que Remedios y yo pudiéramos mirarnos. Bastó esa palabra para que el amor recobrara en mí todo su imperio, sobreponiéndose á la vergüenza y al temor; volví los ojos á la enferma, y sorprendí á los suyos en el momento en que se alzaron para verme. Sentíme poderosamente atraído, me acerqué al lecho; pero al estar junto á él, vacilé y me apoyé en el respaldo de un sillón. Pasaron en diez segundos mil ideas por mi cabeza, mil palabras murieron en mis labios, y al fin, como si hubiera antes expresado todas las ideas anteriores, sólo pude decir:

—Remedios, soy muy desdichado.

Hubo un instante de silencio, y después, como á costa de un esfuerzo penoso,

—Ya lo sé, me contestó la joven.

Tras nueva pausa, durante la cual cruzaron por mi mente otras ideas, me acerqué más y dije:

—Ya no soy bueno, como antes; pero quiero que me perdones, y que no guardes de mí un mal recuerdo.

—Sí, contestó con voz casi imperceptible. Te he perdonado.....



—¿Me has perdonado?

—¡Como también yo he padecido tanto!

—Sí, lo comprendo; repuse con viveza.

Yo tengo la culpa, sólo yo. He estado loco. Se han ido acabando una por una todas las esperanzas que me hacían amar la vida. He sido malo, y hasta miserable; pero tengo alguna disculpa en mis propias desventuras. Perdóname con todo tu corazón: es lo único que deseo para dejarte, para no volverte á ver, y para soportar la vida. Te ofrezco, te juro que seré bueno.

Estaba yo junto á ella, y depuesto el temor, resistía yo sus miradas. Sus pupilas se abrigaron, humedecidas por una lágrima que en vano trató de contener.

—Te he perdonado con todo mi corazón, me dijo.

Y como si el esfuerzo que había hecho para contestarme y para contener las lágrimas, la hubieran fatigado mucho, respiró con fuerza y entornó los ojos, juntando las negras y largas pestañas. Felicia se acercó presurosa, y yo dí un paso atrás. Parecía-me que en aquel momento se abría el cielo

delante de mí, y que luego iba á cerrarse para siempre. Remedios abrió los ojos, y procurando sonreír, dijo á su amiga:

—No es nada.....

Al mismo tiempo la voz de Don Mateo resonó en el corredor; Felicia y yo sólo tuvimos tiempo de mirarnos. El General se dirigía á la sala.

Entró en el cuarto, dirigiéndose á la cama de Remedios, no con la cara sonriente como pudiera esperarse, sino hosca y seria, como si en la calle hubiese recibido alguna mala impresión. Sin embargo, al encontrar despierta á la joven, procuró poner semblante halagüeño, é iba á dirigirle alguna palabra cariñosa, cuando reparó en mí. Volvióse súbito y se encaró conmigo; la más viva cólera se pintó en su rostro por cierta contracción de la boca y arqueado de cejas, y después de tartamudear un instante.

—¡Y Ud. que hace aquí! me gritó con duro acento.

No tenía conciencia de haberme visto antes. No supe qué contestar, y retrocedí instintivamente, poniéndome detras del sillón.

¡Qué hace Ud. aquí repitió, avanzando un paso, con los puños cerrados y apretando los dientes.

Felicia corrió hacia el General, tomándole por la manga de la levita; y Remedios, con un movimiento rápido, que hubiera parecido imposible en su estado de debilidad se incorporó en el lecho, y extendió un brazo para contener á Cabezudo.

¡Tíol exclamó con angustia.

Don Mateo se volvió para verla, y la joven, haciendo un gesto de dolor, reclinó otra vez la cabeza sobre la almohada, manteniendo alzado el brazo, para no rozar el costado izquierdo.

¡El cáusticol dijo Felicia, acudiendo por detrás del General.

—¡No te muevas! dijo éste, dulcificando la voz. ¿Lo ves? Te lastimas, hijita, te lastimas. Estáte quieta. No te asustes, esto no es nada.

Y mientras Felicia cubría con las ropas del lecho á Remedios, el tosco cacique acariciaba la hermosa cabeza de su sobrina. Cuando la vió calmada, alzó los ojos mirán-

dome con tanta ira como antes; pero procuró disimularla en su acento.

Bueno, dijo con voz sorda; pero éste ¿porqué se mete aquí? ¿Quién le dió licencia?

¿Señor General, dijo Felicia; mi hermano está con nosotros desde antier, sirviendo á Remedios, y Ud. mismo le ha mandado por el médico varias veces.

¡Yol! exclamó Don Mateo. ¡Yol... creo que sí... creo que sí... ¡Pero eso qué me importa añadió al último, como si el recuerdo le acrecentará la cólera.

Señor General, me atreví á decir; yo he venido porque...

¡No me diga Ud. nadal gritó interrumpiendome.

Y como hiciera un movimiento agresivo, Remedios trató de incorporarse.

No te muevas, hijita; dijo el General con aflicción. Mira que te lastimas. Pon este brazo así. ¿No te molesta?... Para no agitate, saldré con este señor alla afuera.

No, no; dijo Remedios deteniéndole; quédese Ud. conmigo.

—Juan saldrá solo, añadió Felicia, con singular expresión de enojo.

Yo dí un paso hácia la puerta; pero vacilando, porque sentía deseo vivísimo de aceptar la compañía de Don Mateo. El vaciló también y al fin dijo:

—Está bueno; váyase Ud. Ya lo buscaré para que hablemos de nuestro negocio.

—Le advierto á Ud. dijo Felicia, que Juan no puede irse á la calle en este momento. Esperará en otro cuarto hasta la noche.

—Me iré en seguida, dije yo.

Felicia me detuvo por un brazo.

—Está perseguido por la policía, añadió asustada; no puede salir.

—¡No, no es verdad! repliqué con viveza y aflicción.

—¡La policial exclamó Remedios.

—¡No es verdad! repetí.

—¡Si es cierto, replicó Felicia con energía. Señor General, añadió; no permita Ud. que se vaya; eso sería una cobardía en Ud!

Cabezudo que adelantaba hácia mí, con gesto de satisfacción en la cara, se detuvo al oír las últimas palabras de Felicia.

—De veras que sí, dijo contrariado. Yo haré con él lo que quiera, por que me la debe; pero no lo entrego.

—No necesito de su protección, contesté.

Y después de desasirme de las manos de Felicia, me dirigí á la puerta.

—¡Nol gritó Remedios. ¡Juan no te vayas!

A su voz, yo me detuve y Don Mateo, con agilidad increíble, llegó hasta mí y me arrastró al centro del cuarto:

—Pues no se va Ud., me dijo. Yo no soy un cobarde. Yo no lo entrego á Ud. aunque haya cometido el delito más grande.

—No, se apresuró á decir Felicia; lo persiguen por... por la política; por un artículo contra el Gobierno.

—Pues no lo entrego, repitió Don Mateo, orgulloso de su generosidad. No saldrá Ud. aunque me ha hecho tantos males.

—Ud. es quien me los ha hecho á mí, contesté.

—¡Yol exclamó el General con ingenuo enojo, como si le calumniara. Ud. me ha

perseguido por todas partes, y ha procurado perjudicarme. Y lo ha conseguido; sí, lo ha conseguido.

—Yo no he hecho más que defenderme, repliqué; y al fin, vengarme de todo el mal que me ha hecho.

Súbitamente sentí el deseo de desahogarme; deseo irresistible como necesidad imperiosa, que me hizo olvidar á Felicia, á Remedios, todo absolutamente. y no ver sino á Don Mateo, que provocaba, no ya una riña, sino una explicación violenta en que habíamos de echarnos en cara recíprocamente nuestras culpas.

—Yo había conquistado una posición, añadió impetuosamente; y ahora no soy nada.

—Ni yo tampoco, replicó el General más que colérico, sombrío.

—Ud. me ha hecho descender hasta abajo, hasta hundirme en el lodo.

—¡Me alegro! dijo con voz sorda Cabezudo. Así estoy yo.

—¡También yo me alegro!

—¡Juan! exclamó Felicia.

Remedios hizo otra vez el ademán de detener á Cabezudo, y éste le acarició la cabeza, obligándola á ponerla sobre la almohada.

—Ud., señor General, dije en seguida dominándome, no sabe apreciar mi situación... que es todavía peor que la suya. Esta es la verdad; y alégrese Ud. cuanto quiera.

—¿La mía? contestó ¿la mía?...

Su semblante perdió casi toda su fiereza y volvió á ponerse sombrío, como si vinieran á su memoria cosas momentáneamente olvidadas. Me tomó por la muñeca, apretando con vigor y luego añadió:

—Ud. no sabe todo el mal que me ha hecho. Sus ataques han dado lugar á que me ataquen todos, á que yo pague las defensas, y á que todo el mundo me chupe la sangre. Sin la guerra que Ud. comenzó contra mí, sería yo ministro; sí, señor; sería yo ministro; pero ahora, cuando no puedo gastar lujo, ni dar banquetes, ni botar el dinero con las dos manos, lo que consigo es que los periódicos se burlen de mí, que todos se rían de mi ambición, y que ese ministro ¡canas,

tol diga, como dijo ayer en una comida, que yo no sirvo para nada.

Iba yo á hablar; pero Don Mateo, tomó apenas aliento y continuó:

—Ya no valgo nada; ya no tengo nada; ya he vendido mis diamantes para atender á mis necesidades; y por último he vendido mis sueldos de casi todo el año. Mis amigos no quieren saludarme, y en estos días he ocurrido á ellos para pedirles prestada una bagatela, y nadie me ha hecho caso, cuando mi hija se moría y necesitaba yo comprarle medicinas y pagar al médico.

Casí se le saltaban las lágrimas á los ojos. Creo que sentí compasión por aquel hombre, aunque yo también podía inspirarla; pero al recordar mis propias penas, procurando mantener un tono reposado, dejé desbordar mi amargura.

—Yo estoy sólo en el mundo, dije con voz trémula.

—Yo también, replicó el General conmovido. Tengo que irme de aquí, porque no cuento ya con qué vivir. Estoy en la mise-

ria. Lo único que me queda es un pedazo de tierra en San Martín. Esta mañana fui muy temprano á casa de un abogado á recibir la noticia de que Coderas ese ladrón, ¡canastol se remató San Bonifacio! El juicio hipotecario, el juez, los abogados. ¡Todo robo! ¡Todos ladrones! Por una cantidad cualquiera me han dejado en la calle.

—A mí me desprecian todos, dije yo, con el mismo desaliento que dominaba á Don Mateo.

—También á mí, replicó.

—A mí no me quiere nadie.

—A mí tampoco.

—¡Yo estoy de más, yo sobro en el mundo; no hay gente que siquiera me tenga lástima!

Un nudo me apretó la garganta, y tuve que ocultar el rostro entre las manos, porque sentí que las lágrimas acudían á mis ojos. Oí sollozos á mi lado, alcé la cabeza, y ví que Felicia acariciaba, llorando, á Remedios que se enjugaba los ojos. La enferma pálida y hermosa como nunca, hizo un esfuerzo, y dijo con voz débil y entrecortada:

—Yo los quiero á los dos.....

Don Mateo y yo, con igual rapidez nos acercamos á la joven.

—¡Yal... exclamó Don Mateo con cariñoso acento. ¡Sí, tú sí! ya sé que me quieres.... á mí.

—¡Y mí también! dije yo con viva exaltación.

—A los dos, repitió Remedios dulcemente, estrechando una mano de Cabezudo. Los dos han sido muy buenos conmigo.

Don Mateo tartamudeó un momento, pero no se atrevió á enojarse.

—¿Te sientes mal? preguntó un tanto turbado. Mira; creo que estás más pálida. Será mejor que duermas un poco.

—He dormido bien, replicó Remedios procurando sonreír.

—Pero estás mal, y el médico quiere que estés tranquila. Te tiemblan las manos.

—Es que me afligen las penas de vds. y las..... de Juan. Dícen que todos los desprecian; pero yo no soy ingrata; yo los quiero..... ¡Si eso bastará para consolarlos!.....

—Qué me importa lo demás, exclamó Cabezudo.

Yo no contesté. Tomé una mano de la joven y la llevé á mis labios, sin sentir resistencia. Don Mateo se hizo el desentendido, y Remedios, pasando su mano sobre mi cabeza, le preguntó.

—¿Tardaré mucho en estar enteramente buena? ¡Qué gusto nos dará á Felicia y á mí volver á San Martín.

---

**XXIX,****Concluyamos.**

No hay para qué escribir más. Ya va siendo esto demasiado largo para quien lea, y mucho más para quien al escribirlo, vá repasando una por una las amarmuras de su vida. Remedios, mi hija, que sabe que m, envejecimieuto es prematuro, y que padezco una enfermedad de esas que minan constantemente la salud, ha notado que desde que comencé á escribir el año pasado, he enflaquecido notablemente, y me da prisa para que acabe mi obra. La he engañado diciéndole que es un ensayo sobre agricultura en la tierra caliente.

Desde el principio de la enfermedad de Remedios, Felicia hizo saber á D. Mateo

sus relaciones conmigo, lo que bastó para eufriar el empeño del General de casarse con ella. Después, cuando persuadido de su quiebra volvió con nosotros á San Martín, no dijo una palabra sobre tal matrimonio, en el cual nosotros no habríamos consentido; puesto que no era sino el sacrificio voluntario de Felicia por nuestra felicidad.

Puestos él y yo al mismo nivel, no opuso resistencia á la unión de Remedios conmigo. La tranquilidad y la dicha de la joven eran el único pensamiento de aquel hombre singular, cuyas pasiones, como á mí las mías, le llevaron á un mundo que no era para él, y en el cual debía cometer tantos desaciertos. Creo que llegó á quererme; nunca á manifestarlo. Alejado de la política, vivía en un rancho que distaba poco de San Martín, trabajando con empeño, para allegar una suma que le gar á la que con derecho llamaba su hija.

Un dia Remedios se sintió mal; un fuerte escalofrío le obligó á acostarse, luego vino intensa calentura y agudo dolor en el costado derecho..... El médico de San Martín, D. Basilio Villarena, la atendió con todos los

recursos de que podía disponer; pero todo en vano. Al sétimo día, voló al cielo aquella mujer que fué siempre para mí el ángel bueno y cariñoso que endulzaba mi vida. Llevóse todas mis alegrías; pero aún al abandonar la tierra quiso dejarme un consuelo: mi hija, que lleva el nombre de su madre.

¿Pero qué consuelo habrá bastante para mitigar el dolor de mis recuerdos?

Siempre me ha atormentado la idea de que mi historia comienza con la muerte de mi madre, y acaba con la muerte de Remedios. Y de ambas me considero culpable. Pero no bastaba ese eterno roedor para mi castigo. Carrasco, que ha venido á establecerse á San Martín, y de cuyas conversaciones huyo instintivamente, me dió hace poco noticias que no le pedí, y que Pepe Rojo ha callado en sus cartas, con su habitual y piadosa discreción. Jacinta, abandonada por Redondo, fué cayendo y cayendo hasta lo más hondo de la degradación en la mujer..... Este ha sido nuevo castigo para mí. No sé si será el último; pero yo he querido imponerme el de escribir esta historia,

la cual habría sido más larga, si aún tuviera yo fuerzas para prolongar mi martirio.

Encerrado en el estrecho recinto á que he querido reducirme, oigo desde aquí el fragor de la tempestad que allá afuera ruge. ¡Ya la conozco! Las pasiones desencadenadas, la ambición sin freno, la envidia, la mentira, la farsa..... Y tan alto suenan los gritos de los vencedores, y los cánticos de la adulación y el servilismo, que no se oyen los ayes de los vencidos, ni los sollozos de tanta víctima! Yo soy de los cobardes que huyen de la pelea, y seguros en su escondite, tiemblan aún, si llega á sus oídos el ruido del combate.

Mi único afán consiste en dejar á mi hija, al morir, bienes de fortuna bastantes para que lleve una vida modestamente cómoda. Lo que Don Mateo le dejó, y lo que yo voy pudiendo allegar á costa de mucho trabajo, creo que será lo bastante para que yo muera tranquilo. Remedios le dió su alma llena de bondad y de virtud. No necesita más para ser feliz.



## XXX

## A última hora.

Acabo de recibir carta de Pepe, y agrego este breve capítulo, aunque el libro acabe en punta, como los linajes de que hablaba D. Quijote. Cada día admiro más y comprendo menos á mi antiguo amigo. Me dice que su obra «Reformas sociales» (que á mí me parece soberbia por el fondo y por la forma) no le produjo una peseta; por lo cual se ha resuelto á adoptar otro género literario, y de su primer ensayo me remite un ejemplar, para que le dé «mi ilustrada opinión, sin ambajes ni rodeos,» advirtiéndome que lleva vendidos diez y ocho mil ejemplares. Y la tal obra es una novena á San Francisco de Paula, escrita en el tono más

suplicatorio y llorón que se pueda imaginar. En la última página hay esta nota:

«Se suplica al devoto de San Francisco de Paula, rece tres Avemarias, por intención del autor.»

Dentro de la carta hallé un recorte de periódico, que por el tipo me parece ser *El Monitor Republicano*. Contiene el párrafo final de una correspondencia, y firma *El Corresponsal*. Héle aquí:

«La desidia, la negligencia del Gobierno en cuanto se refiere á los hombres notables que no figuran en el actual orden de cosas, no puede ser mayor. Como el ilustre General á quien nos referimos, han muerto en la oscuridad, el aislamiento y el olvido más ingrato, el General H, el General X, el General Cabezudo y otros grandes patricios que, como éstos, honraron al ejército nacional, y regaron su sangre en mil combates gloriosos.»

FIN.



